

Los tres partieron inmediatamente á fin de negociar, no ya con el general Peña, sino con el mismo general Castaños, á quien encontraron á mitad de camino de Andújar á Bailen en la casa de postas. El general en jefe del ejército español llevaba consigo al conde de Tilly, uno de los individuos mas influyentes de la junta de Sevilla, y al general Escalante capitan general de Granada. El general Castaños, hombre de carácter afable, de humanitarios sentimientos, y de singular cordura, recibió á los oficiales franceses con una consideracion, que estos echaron muy de menos en el capitan general Escalante, el cual queria compensar sin duda su debilidad con su estremada violencia, y en el conde de Tilly, que la echaba de demagogó. Los oficiales franceses pidieron en primer lugar con arreglo á las instrucciones que habian recibido, que las divisiones Vedel y Dufour, que ni habian entrado en el principal combate, ni se veian arrolladas por el ejército enemigo, y que podian muy bien evitar la suerte que amenazaba á la division Barbou, (esto es, la que habia combatido á las órdenes del general Dupont) no fuesen comprendidas en las estipulaciones; y que en cuanto á la division Barbou, pudiese retirarse á Madrid, deponiendo ó no las armas, segun lo que en la negociacion se acordase. Los generales españoles rehusaron obstinadamente acceder á estas proposiciones, en atencion á que tenian en sus manos la suerte de la division Barbou, y á que, si se habian avenido á negociar, era tan solo por tener igualmente á su disposicion las divisiones Vedel y Dufour, que no lo estaban. Bajo este supuesto, exigian que ambas fuesen comprendidas en la ca-

pitulacion, en el buen entender que á cada una se le fijarian sus condiciones con arreglo á su posicion actual. Asi pues, querian que la division Barbou quedase prisionera de guerra, y que las divisiones Vedel y Dufour fuesen conducidas por mar á Francia.

Los negociadores franceses resistieron fuertemente á estas pretensiones, y despues de largos debates, quedaron al fin conformes unos y otros en las condiciones siguientes: Primera, que las tres divisiones podrian retirarse á Madrid: Segunda, que las divisiones Vedel y Dufour podrian verificar esta retirada sin deponer sus armas, al paso que la division Barbou, que se hallaba envuelta por las tropas españolas, entregaria las suyas. Aun cuando estas tres condiciones no dejaban de mancillar el honor de las armas francesas, salvaban en cambio las tres divisiones, y merced á esto ningun inconveniente hubo para suscribir á ellas. Ya iba á procederse á su redaccion, cuando sobrevino un nuevo incidente, que echó el colmo á las desgracias de aquel ejército, contra el cual queria encarnizarse por lo visto la fortuna sin ninguna consideracion. El general Castaños recibió á esta sazón un pliego, encontrado á un jóven oficial francés, el cual venia de Madrid á entregarlo por mandado del general Savary al general Dupont. Aquel pliego contenia instrucciones espeditas en 16 ó 17 de julio, cuando aun no se habia tenido noticia en la corte del buen éxito de la batalla de Rioseco; y como antes de esta batalla habia una gran inquietud en la capital y se abrigaban grandes dudas acerca de la toma de Zaragoza, habiase ordenado una concentracion general de las tropas

del Mediodía sobre Madrid, y á consecuencia de esta concentracion, se mandaba al general Dupont, que á pesar de las instrucciones anteriores, se apresurase á regresar á la Mancha. Al leer el despacho precioso que la casualidad habia traído á su poder, el general Castaños, comprendió perfectamente, que el conceder el regreso sobre Madrid á las tres divisiones mencionadas, mas bien que conseguir la evacuacion de Andalucía por las tropas francesas, era consentir en prestarse á secundar sus proyectos, puesto que aun cuando no hubiesen ocurrido los acontecimientos de Bailen, se hubieran retirado por su propia voluntad: comprendió asimismo, que ya no ganaban los españoles con la estipulacion mas que la honra estéril, de quedarse con la artillería y los fusiles de la division Barbou, á la cual darian nuevo armamento y nueva artillería en Madrid, y que era preciso, por tanto impedir á todo trance el regreso de aquellos veinte mil hombres al Norte de España, donde su presencia no podria menos del contribuir extraordinariamente á restablecer los asuntos de el nuevo rey.

Asi, pues, cuando se trató de verificar la redaccion de las condiciones de la capitulacion, y cuando se quiso especificar el regreso por tierra de las tres divisiones, una sin armas y las otras dos con ellas, el general Castaños, conservando siempre la moderacion en las formas, pero espresándose esta vez de una manera terminante y perentoria en el fondo, declaró que aquel artículo no se hallaba aun acordado. Los generales franceses protestaron contra aquella especie de falta de fé á una palabra empeñada, y procuraron hacer ver al

general en jefe del ejército español, que la condicion sobre la cual oponia entonces dificultades, acababa de ser admitida pocos momentos antes. El general Castaños convino en ello; mas para probar su buena fé, mostró al general Marescot el pliego del general Savary, que habia sido interceptado, preguntándole en seguida, si creia despues de lo que acababa de leer, que podia exigirsele humanamente que persistiese en las condiciones que primeramente habian sido acordadas. El general Marescot mostró el pliego á sus consternados cólegas, los cuales se avinieron, visto su contenido, á tratar sobre nuevas bases. En su consecuencia, estipulóse que quedaria prisionera de guerra la division Barbou, y que las divisiones Vedel y Dufour serian únicamente obligadas á evacuar la España por mar: que estas no depondrian las armas, pero que para evitar toda clase de peligros, se les quitarian por el pronto con la condicion de devolvérselas al tiempo de su embarco en San Lucar y Rota: que el trasporte por mar, en fin se verificaria bajo el pabellon español, quedando á cargo de la España el hacer que fuese respetado por los ingleses. Acto continuo procedióse á arreglar algunos pormenores materiales, y los negociadores franceses obtuvieron, que los oficiales, segun es costumbre, conservasen sus equipages, que á los oficiales superiores se les concediese llevar un furgon, exento de toda clase de registro, si bien no lograron recabar otro tanto respecto á los soldados, cuyas mochilas se empeñaron en registrar los españoles, á fin de asegurarse de que no llevaban en ellas vasos sagrados. Sobre este artículo tan deshonroso para nuestro ejército, y al cual jamás

debieron suscribir los generales franceses, escitóse un acalorado debate. El general Castaños, espresándose con su acostumbrada oportunidad, y alegando el fanatismo del pueblo español, á quien era indispensable dar alguna satisfaccion para acallar-lo, dijo, que si no se podia anunciar á éste que las mochilas de los soldados habian sido registradas, creeria que se llevaban en ellas los vasos sagrados de Córdoba, y se lanzaria irremisiblemente sobre ellos: que por lo demas, y á fin de que semejante acto no fuese deshonoroso para el ejército francés, serian sus mismos oficiales los que practicasen el registro. Estábase ya por nuestra parte en camino de pasar por todo, y en todo se consintió por tanto, á escepcion de los términos en que habian de redactarse definitivamente las estipulaciones, lo cual quedó aplazado para la mañana del siguiente dia 21.

Mientras que las tristes condiciones de esta capitulacion se discutian é iban aceptándose una tras otra, presentáronse en el sitio donde estaban verificándose las conferencias un ayudante de campo del general Vedel, y el capitán de los marinos de la guardia, Baste, los cuales iban comisionados para defender los intereses de la division, con motivo de lo que van á saber nuestros lectores. Cuando mejor informado el general Vedel, llegó á saber el 20 por la mañana la desgracia ocurrida al general Dupont, desgracia en la cual tenia él una gran parte de culpa, mostróse desesperado hasta tal punto, que ofreció volver á empezar el ataque en la noche del siguiente dia (en la del 20 al 21) prometiendo además abrirse paso por medio de las tropas del general Reding, y libertar á su general

en gefe, con tal de que éste hiciese por su parte un pequeño esfuerzo para conseguirlo. El general Vedel añadió, que si Dupont no queria ya hacer tentativa alguna, hallábase obligado al menos á no sacrificar la division que servia á sus órdenes, cuya situacion era muy diferente de la en que se hallaba la division Barbou, puesto que no estaba cercada y envuelta como ella, y tenia derecho por tanto á exigir que se la tratase de diferente modo. Despues de lo cual, encargó al capitán Baste y á uno de sus ayudantes de campo, que fueran á comunicar al general Dupont las precedentes reflexiones. El capitán Baste, oficial inteligente é intrépido, que tenia además particular inclinacion á mezclarse en los asuntos concernientes al mando, insistió tenazmente con el general Dupont en que se intentase la siguiente noche un ataque desesperado, abandonando los bagages y hasta la artilleria si preciso fuese, y obligando á marchar y combatir á cuantos soldados pudiesen tenerse en pie, á fin de abrirse paso por entre las filas enemigas, lanzándose el general en gefe por su flanco izquierdo mientras que Vedel hacia otro tanto por su derecha. Es evidente que el éxito de esta empresa era posible, y ambas divisiones francesas hubieran logrado quizás reunirse por aquel medio; pero el general Dupont, que á cada momento se mostraba mas abatido, y que apenas escuchaba lo que se le decia, alegando para no adherirse á este parecer el profundo decaimiento de ánimo de su ejército, la circunstancia de hallarse empezadas las negociaciones, y la de estar ya casi concluido un tratado, y aun firmado tal vez, en el camino de Andújar, se contentó con dirigir al capitán Baste al punto don-

de estaba haciéndose la negociacion, dándole poderes para que abogase á favor de la causa de la division Vedel.

Tales fueron los motivos que llevaron al capitán Baste al lugar donde se verificaban las conferencias. Este bizarro oficial dirigióse primeramente á los negociadores franceses, á los cuales halló fatigados de las largas contestaciones que acababan de tener con el enemigo, y asaz poco dispuestos para volver á emprender una discusion, en la cual habian llevado siempre la peor parte. El capitán Baste, que venia de un campamento donde reinaba el mayor entusiasmo, y en el que la sola idea de rendirse, arrancaba á los soldados gritos de indignacion, al verse trasportado, por decirlo así, á un sitio donde la desesperacion y el abatimiento estaban entronizados, no acertó á comprender unos sentimientos, de los cuales estaba muy lejos de participar, y regresó por ende indignado á la barraca del general Dupont.

Despues de este incidente, los tres negociadores franceses siguieron á los tres negociadores españoles á la ciudad de Andújar, donde debia redactarse definitivamente aquella capitulacion, á la cual está reservada una inmortalidad desoladora, y el capitán Baste, como ya hemos dicho, se dirigió hácia el campamento del general Dupont, á darle noticia de los términos en que se habian acordado las estipulaciones. Al oír narracion semejante, y recobrando aquel infortunado general sus honrosos sentimientos, encargó al capitán Baste que trasmitiese de su parte al general Vedel, el consejo de que volviese á emprender al punto la marcha para la Carolina y Sierra Morena, á fin de poder escapar á toda pri-

sa hácia Madrid. Los generales Vedel y Dufour, podian regresar á la córte con nueve ó diez mil hombres, y no cabe duda alguna, en que anticipándose á las tropas españolas, tenian grandes probabilidades de verificar felizmente su retirada, salvando así de aquella cruel catástrofe mas de la mitad del ejército francés, merced á una inspiracion noble del general Dupont, el cual no desconocia hasta qué punto se agravaria con esto la suerte de la otra mitad.

El capitán Baste partió al punto para el campo del general Vedel, colocado entre Bailen y la Carolina, y le comunicó el triste resultado de las conferencias de Andújar, y la autorizacion del general en jefe, para que emprendiese la retirada sobre Madrid. Enterado que fué de ambas cosas el general Vedel, dió sin perder momento, las órdenes necesarias para la partida, y en aquella misma noche pusieron en movimiento todas sus tropas y las del general Dufour. A consecuencia de las marchas y contramarchas que ambas divisiones habian verificado en los anteriores dias, tenian unos quinientos ó seiscientos hombres aspeados, que reunidos á los heridos en el combate de Menjibar, componian un total de setecientos á ochocientos hombres, de los cuales tuvieron que separarse con gran dolor, dejándolos abandonados al furor de los insurgentes. ¡Tales son las condiciones de la guerra! La salvacion general, antepuesta casi siempre á la salvacion de unos pocos, endurece los corazones, ó los predispone al menos á la resignacion mútua de recíprocas desgracias. Los soldados de Vedel y Dufour, por ende, dejaron abandonados á sus infortunados compañeros, en los pueblos limi-

trofes al camino, y emprendieron con una precipitacion increíble su marcha hácia Madrid. El 21 por la mañana al amanecer llegaron á la Carolina, y á pesar del excesivo calor del dia, los obligaron á avanzar hasta Santa Elena.

Algunas horas despues de la partida de la columna, y cuando la noticia de ella llegó á saberse tanto en el campamento de Reding, como en el de las tropas del general Peña, los españoles empezaron á gritar como canibales, y á acusar á los franceses de infieles á su palabra, y de haber quebrantado la tregua. Esta acusacion, sin embargo, era muy poco fundada, porque ninguna razon habia para impedir á la division Vedel que emprendiese un movimiento, mediante á que ningun empeño habia contraido, y á que los españoles por su parte tampoco cumplieran estrictamente con la imposicion de semejante inmovilidad, puesto que habian estado maniobrando constantemente por espacio de treinta y seis horas en torno de la division Barbou, á fin de cercarla de un modo mas completo. Esta si que fué una verdadera infraccion de la tregua: si los franceses no se quejaron ni trataron de vengarla, era tan solo porque en medio de su desgracia carecian de medios suficientes para hacerse respetar. Ninguna razon empero, ningun sentimiento de justicia bastaba para convencer á aquellos frenéticos, á quienes la casualidad habia proporcionado la victoria, y proseguian gritando que era preciso esterminar á la division Barbou entera. ¡Quizás no tenian presente al intentar semejante cosa, que seis mil franceses reducidos á una situacion estrema eran capaces de salir de su abatimiento momentáneo por medio de una noble desesperacion, y

de pasar por encima de las tropas españolas! Tal vez sea de sentir que estas no llevasen hasta el estremo su barbarie, la cual hubiera podido muy fácilmente despertar el valor de nuestros soldados, y dar ocasion con ello á que todo se salvase. Pero como quiera que sea, una infinidad de oficiales españoles se apresuraron á ir á Andújar á llevar la noticia de la partida de las divisiones Vedel y Dufour, y á anunciar al general en jefe la exasperacion de que se hallaban poseidos los ánimos con este motivo. Los negociadores españoles, constituyéndose en el instante mismo en que supieron tal noticia en órganos de los furoros de un populacho militar, declararon terminantemente que la division Barbou iba á ser tratada de la manera mas terrible, si las divisiones Vedel y Dufour, no volvian inmediatamente á recobrar sus primitivas y respectivas posiciones. La respuesta á semejante intimacion, era, sin embargo muy sencilla, con solo pararse á reflexionar, que otra cosa peor podia suceder á la division Barbou, que el quedar prisionera de guerra; porque respecto á las amenazas de pasarla toda á cuchillo, esto era una infamia, y solamente podia responderse á los que las proferian, como se responde á los asesinos. Hacia, empero, falta que se hubiese hallado allí el héroe de Génova el inalterable Massena. Menos firmes que él los gefes y oficiales del ejército de Andalucia, apresuráronse á dirigirse al infortunado Dupont, abrumáronle con nuevas instancias, y dijéronle que iba á ser pasada á cuchillo, si no ponía remedio, su fiel division Barbou, la que mas bizarramente se habia batido á su lado; y esto ¿por qué? por salvar á dos divisiones que eran la verdadera causa de la pérdida del ejército.

to; en lo cual seguramente que no les faltaba razón. Por lo que, cediendo á estas reflexiones, se decidió aquel general á mandar una contraórden escrita al general Vedel.

Habiendo causado la lectura de ella una sublevacion unánime en los soldados de esta division, y habiendo propuesto Vedel continuar su marcha hácia Madrid, á pesar de las órdenes del general en gefe, fué preciso espedirle un nuevo emisario, con la mision de hacerle responsable de las consecuencias, en el caso de que se obstinase en verificar la retirada. El general Vedel reunió en vista de esta nueva comunicacion sus oficiales, y dándoles conocimiento de lo que ocurría, alegó para convencerlos, el peligro que corrian sus hermanos de armas, y recabó de ellos que se aviniesen á restituirse á Bailen. Menos dócil la tropa, se resistía á acceder á estas proposiciones, y á no hallarse en un pais, donde era sabido que los soldados que no marchaban dentro de las filas corrian gran peligro de ser asesinados, hubieran desertado casi todos. Sometiéronse al fin, por esta causa, y regresaron desde Santa Elena á la Carolina, y de la Carolina á Guarroman, resignándose á sufrir la misma suerte que la division Barbou.

El 22 llegó al fin, á Bailen desde Andújar la funesta capitulacion, al pie de la cual puso su firma el general Dupont, no sin haber vacilado largo tiempo antes de decidirse. Aquel infortunado general se golpeaba la frente, arrojaba la pluma, y volvía á recogerla despues, hasta que, instigado por hombres que se mostraban tan bizarros en el combate como débiles fuera de él, se decidió á escribir su nombre, poco tiempo antes tan glorioso,

al pie de aquella acta, que estaba destinada á ser para él en lo sucesivo el suplicio de toda su vida. ¡Cuántas veces acusaba despues á su fortuna porque no lo habia hecho sucumbir en Albeck, en Halle, en Friedland, y hasta en Bailen mismo, al verse ante los jueces que lo abrumaron con una sentencia bochornosa!

En aquella triste y memorable negociacion, los españoles tuvieron en el hambre una auxiliar poderosísima. Mientras que la division Barbou permaneció bloqueada, no se quiso darla ni un pedazo de pan; y nuestros pobres soldados se hallaban desde el día 18 por la tarde sin recibir racion alguna, y mantenidos únicamente con los restos de las últimas que se les suministraron. El 22 habia entre ellos muchos que no habian comido en tres dias, y los infelices yacian en los olivares, moribundos de necesidad, postrados de fatiga, y careciendo hasta de agua con que apagar su abrasadora sed.

Inmediatamente que la capitulacion fué firmada, el general Castaños consintió en concederles algunos víveres. Bien podia hacerlo y mostrarse humano, puesto que la fortuna acababa de depararle un triunfo demasiado precioso para que no mostrase toda la generosidad á que se siente no inclinado, cuando el corazon está completamente satisfecho. Por lo demas, preciso es convenir en que el general Castaños se hizo digno de una victoria, debida mas bien á la casualidad que al valor y á la pericia, por sus humanitarios sentimientos, su estraordinaria modestia y por su conducta en extremo cuerda y prudente. En aquella ocasion dijo repetidas veces á nuestros oficiales con una franqueza que le honraba: «Cuesta, Blake, y yo,

no éramos adictos á la insurreccion de nuestro pais: si nos hemos adherido á ella ha sido cediendo únicamente á un movimiento nacional, que cada vez va siendo mas unánime, y prometiendo mas fundadas esperanzas de éxito. Desista, pues, Napoleon de una conquista imposible; no nos obligue á que nos precipitemos en brazos de los ingleses, cuya alianza nos es odiosa, y cuyos auxilios hemos rechazado hasta aqui con firmeza: devuélvanos nuestro rey con las condiciones satisfactorias para ambas partes, y no hay que dudar, si tal hace, que las dos naciones quedaran eternamente reconciliadas.»

Nuestros soldados desfilaron á la mañana siguiente por delante del ejército español, y aun cuando eran demasiado jóvenes para poder comparar su actual postracion con sus pasados triunfos, no por eso dejaron de manifestar el dolor mas amargo. Habia empero, entre los oficiales, algunos que habian visto desfilar por delante de sí á los austriacos de Melas y de Mack, y á los prusianos de Hohenlohe y de Blucher, y estos en vez de mostrar dolor, se hallaban mas bien devorados por la vergüenza. Las divisiones Vedel y Dufour no depusieron por entonces las armas, si bien tuvieron que pasar despues por trance tan penoso; pero á la division Barbou fuéle indispensable sufrir esta humillacion, y en aquel momento sentia no haber preferido dejarse hacer trizas.

Las tropas francesas fueron conducidas inmediatamente en dos columnas hacia San Lucar y Rota, donde con arreglo á lo estipulado, debian ser embarcadas para Francia á bordo de buques españoles. A fin de sustraerlas de los furöres popula-

res de Córdoba y Sevilla, tomóse la precaucion de que no pasaran por estas dos ciudades, dirigiéndolas al efecto por Bujalance, Carmona, Alcalá, Ecija, Utrera, y Lebrija, en cuyas poblaciones fué atroz la conducta que con ellas manifestaron los habitantes. Aquellos infortunados franceses, que tan bizarramente se habian portado, que habian hecho la guerra sin crueldad, y que habian sufrido sin tomar venganza, la matanza de sus heridos y de sus enfermos, veíanse perseguidos á pedradas y á puñaladas con frecuencia, por hombres, mugeres y muchachos. En Carmona y en Ecija escupianles las mugeres en la cara, y los muchachos les arrojaban todo á ella. Nuestros pobres soldados estremecianse de furor, y á pesar de hallarse sin armas, mas de una vez intentaron tomar represalias terribles precipitándose sobre todo cuanto podian haber á las manos á propósito para vengarse de los que así los insultaban: contenianlos, empero, los oficiales, y á fin de evitar que se hiciese en ellos una cruel matanza, adoptose el medio de hacerlos dormir fuera de las poblaciones, encerrándolos como rebaños de ganado. Asi que llegaron á Lebrija y á las ciudades próximas al litoral, obligáronlos á detenerse á pretexto de que no habia buques dispuestos para proceder á su embarco. Poco tardaron, empero, á convencerse de la verdadera causa de esta detencion. La junta de Sevilla, gobernada y sometida á las pasiones demagógicas de algunos de sus individuos, se negó á reconocer la capitulacion de Bailen, y declaró que todos los franceses serian retenidos en calidad de prisioneros de guerra, alegando pretextos á cual mas ilusorios, y mordaces hasta rayar en la

impudencia. Una de las razones que para ello aducia, era la falta de seguridad de que los ingleses prestasen su consentimiento á la conduccion de nuestras tropas por mar: razon falsa á todas luces, puesto que los ingleses, á pesar del enconado odio que nos profesaban, manifestaron hacia nuestros prisioneros una piedad generosa, y como se verá mas adelante, dejaron pasar poco tiempo despues sin impedimento alguno, otras tropas en cuya detencion estaban mas interesados. Nuestros oficiales apelaron al capitán general don Tomás de Morla, reclamando contra aquella violacion indigna del derecho de gentes; aquel gefe, sin embargo, les contestó de una manera indecorosa, manifestándoles, que un ejército que habia violado todas las leyes divinas y humanas, habia perdido el derecho de invocar la justicia de la nacion española.

En Lebrija, dirigióse furioso por la noche el pueblo á una prision donde se hallaba uno de nuestros regimientos de dragones, y degolló setenta y cinco individuos, entre ellos doce oficiales. A no ser por el clero, ningun soldado hubiera quedado con vida. Los generales, en fin, que habian cometido la grave falta de separarse de sus tropas con el objeto de viajar ellos solos con sus bagages, fueron tambien severamente castigados por esta separacion, puesto que apenas llegaron al puerto de Santa María con sus furgones, declarados exentos de registro, cuando el pueblo, no pudiendo contenerse á la vista de ellos, porque segun se decia, iban allí empaquetadas todas las riquezas de Córdoba, se precipitó sobre los carros, hizo añicos los cajones, y se apoderó de cuanto tenian. Algunos

hombres que formaban parte de las autoridades españolas no fueron los últimos en participar del pillage. Pero aun cuando aquellos furgones contenian todo el peculio de nuestros oficiales y generales, y hasta los fondos de la caja del ejército, escasamente se encontrarian arriba de un millon doscientos mil reales, segun dijeron las mismas gacetas españolas. Esta cantidad era todo el resultado del saqueo de Córdoba. Los generales franceses corrieron gran peligro de ser asesinados, y únicamente pudieron huir del furor del populacho refugiándose en unas barcas, desde las cuales los condujeron á Cadiz. En esta ciudad permanecieron en clase de prisioneros hasta el dia de su embarco para Francia, donde les aguardaban rigores poco menos crueles.

Tal fué aquella famosa capitulacion de Bailen, cuyo nombre hemos oido pronunciar en nuestra infancia casi tan frecuentemente como el de Austerlitz ó de Jena. Los perseguidores ordinarios de la desgracia en aquella época juzgando sin conocimiento y sin piedad este acontecimiento deplorable, achacaron á la cobardía y al deseo de salvar los furgones cargados con los despojos de Córdoba, el terrible desastre que sufrió el ejército francés. Asi es como juzga la bajeza de los cortesanos, desencadenándose siempre contra aquellos á quienes señala el poder para ser inmolados. Ciertamente que abundaron las faltas en aquella triste campaña de Andalucía; pero no hubo ni la infraccion mas mínima contra las leyes del honor. La falta primera cometióla el mismo Napoleon, quien, despues de escitar con los sucesos de Bayona un furor popular inaudito, ante el cual toda clase de

operaciones de guerra debian ser peligrosas, se contentó con enviar ocho mil hombres á Valencia, y doce mil á Córdoba, pareciéndole que con ellos habia bastante. Poco tardó, sin embargo, en convencerse de su error, pero cuando se convenció ya era tarde. Tras de la falta de Napoleon vinieron las de Dupont y la de su lugarteniente el general Vedel. El general Dupont, puesto que su objeto al abandonar á Córdoba no fué otro que el de aproximarse mas á los desfiladeros de Sierra Morena, hubiera debido por esta razon misma aproximarse á ellos de modo que quedasen en su poder, para lo cual nada mejor que colocarse en Bailen, desde donde era imposible toda separacion de sus divisiones. Despues de cometer la falta de establecerse en Aadújar y no en la ciudad mencionada, cometió otra no menos grave, que fué la de no seguir al general Vedel cuando lo envió á Bailen el 16 por la tarde, añadiendo á esta la de no haber levantado el campo el 17 como lo hizo el 18, la de haber atacado parcial y sucesivamente al enemigo el dia de la batalla de Bailen, y colocado sus tropas en una linea paralela, en vez de atacar en masa y en columna cerrada sobre su izquierda, y la de haber cedido en fin al abatimiento general despues de haberse portado el ejército con tanta bizarría (1). De las faltas del general Vedel fué una la de dirigirse el 16 con toda su division á An-

(1) Si emito todos estos juicios sobre cuestiones puramente especiales, es, porque ademas de estar al alcance de todo buen sentido comun, se hallan apoyados por los irrecusables testimonios de Napoleon y Berthier. Los juicios concernientes á las operaciones militares del ge-

dújar, dejando á Bailen descubierto; (falta que la aprobacion del general en jefe no escusó bastante) pero la principal estribó en seguir al general Dufour á la Carolina, dejando abandonada por segunda vez aquella ciudad sin tomar precaucion alguna para defenderla, y en no regresar inmediatamente que se convenció de que corria detrás de un fantasma, perdiendo por el contrario todo el dia 19 en vanas dilaciones. La falta, en fin, de los generales que pertenecian al cuerpo de ejército del general Dupont, consistió en haberle impelido á capitular, y en mostrar la debilidad mas culpable, despues de haber combatido denodadamente en el campo de batalla de Bailen, en las negociaciones generales, cediendo á las amenazas de los generales españoles como pudieran haberlo hecho los hombres mas cobardes, á pesar de hallarse incluidos en el número de los valientes: nueva prueba de que el valor moral y el valor fisico son cualidades muy distintas.

Asi, pues, las causas del cruel descalabro sufrido en Bailen fueron, el error grave en que incurrió Napoleon respecto á la España; la mala eleccion de las posiciones militares por el general Dupont; su gran lentitud en cambiarlas; el desacierto con que presentó la batalla; los falsos movimientos del general Vedel, y la desmoralizacion de generales y soldados. Cuanto se ha dicho ade-

neral Dupont, no son en efecto mas que el pensamiento de Napoleon y de Berthier, extractado del interrogatorio que por medio del procurador general dirigió á los acusados el primero, y del discurso que pronunció el segundo en el proceso.

mas de esto, no es mas que calumnias. «¡Todas nuestras desgracias procedieron de aquella larga fila de bagages!» se ha dicho frecuentemente. Pero aun suponiendo que un general fuese capaz del estúpido cálculo de perder su honor, su carrera militar, y el baston de mariscal que le estaba reservado, por conservar algunos miles de duros, en menor suma por cierto que las que Napoleon solia dar á aquellos de sus lugartenientes que peor libraban, ocho ó diez furgones hubieran bastado para conducir todas las decantadas riquezas de Córdoba en oro y plata; y los bagages del cuerpo de ejército del mariscal Dupont constaban de algunos centenares de carros, cuyo número excesivo procedia evidentemente de la situacion moral del pais, en el cual no se podía dejar atrás ni un herido ni un enfermo. En una palabra; aquellos famosos furgones fueron saqueados en el Puerto de Santa María, como ha poco hemos dicho, y á pesar de ir comprendida en ellos la caja del ejército, escasamente se encontrarían un millon doscientos mil reales. Todo cuanto puede decirse en suma, es que el general Dupont, tan inteligente, tan capaz, tan esforzado en el combate, no tuvo la indomable firmeza que Massena mostró en Génova y en Essling. Pero hay que tener presente que se hallaba enfermo, herido, y postrado por un calor de cuarenta grados; que sus soldados eran muy jóvenes y que se hallaban estenuados de hambre y de fatiga; y que á las desgracias sucedieron nuevas desgracias, y á los accidentes nuevos accidentes: téngase en cuenta todo esto, sondéese profundamente aquel suceso trágico, y se verá que el emperador mismo, que colocó á tantos hombres

en tan falsa posicion, no dejó de tener en él bastante culpa. Con todo, hay que añadir en interés de la moralidad militar, que en las situaciones estremas la resolucion de morir es la sola digna, y la única saludable: en efecto; si á la llegada del general Vedel se hubiese adoptado esta resolucion con el objeto de abrirse paso por entre la línea de la division Reding, hubiérase logrado reunir las dos partes del ejército francés y salir triunfantes de un atolladero, del cual salimos prisioneros y humillados. Sacrificando en el campo de batalla la cuarta parte de los hombres que murieron despues en una terrible cautividad, hubiérase convertido en triunfo el revés mas ruidoso de aquella época extraordinaria (1).

(1) Por amor á la verdad y por el disgusto profundo que me inspira la injusticia hácia los desgraciados, expreso aqui un juicio sobre la batalla de Bailen, el cual no podrá menos de chocar contra todas las preocupaciones de la época imperial. Pero cualquier hombre probo lo formaria igual con la lectura de los documentos que yo he poseído. En el archivo de la guerra existen una porcion de volúmenes de documentos relativos á Bailen, con los modelos del interrogatorio, que fueron dictados por el mismo Napoleon, los cuales revelan la opinion que se formaba sobre esta campaña. Allí está su correspondencia con el general Savary, la del general Dupont con sus subalternos, y el proceso mismo instruido contra los generales Dupont, Marescot, Vedel, Chabert, etc. Napoleon en el primer ímpetu de su cólera, quiso fusilar á cuantos generales tomaron parte en aquella capitulacion. Cediendo, empero, á las reflexiones del sábio y cuerdo Cambaceres, y á los propios instintos de su corazon, sometió á un tribunal de honor, compuesto de los grandes del imperio, el juicio de los asuntos de Bailen. La sentencia fué